

Es de comentar que pasé las dos últimas semanas trabajando asiduamente. Si me preguntan ¿en qué consistió la tarea?, la respuesta es fácil: en una severa labor de exploración y de aprendizaje. Tuvo que ver con palabras. De un modo u otro siempre ando enredado en cuestiones de palabras, pero nunca como en esta ocasión. Me explico: inicié una lectura para casi enseguida darme cuenta de que estaba yo corto de vocabulario y mi recepción del texto lo padecía. Para que se me entienda, mencionaré algunas de las palabras que me obligaron a dichas exploraciones: aerófanos, archimandrita, andorrero, argiloso, alípede. Y me estoy limitando a las que empiezan con “a”. Es de confesar que algunas me habían visitado ocasionalmente (digamos, archimandrita), pero en tales ocasiones no fui muy atento con ellas. Ahora las atendí con exquisita cortesía.

De preguntárseme la razón de esto, contestaré que sin esas palabras no podría haber entendido la oración donde se las incluía. Porque todas ellas eran los fragmentos iniciales de otros fragmentos mayores que con perseverancia se constituían en versos. Regreso a los ejemplos pero enriqueciéndolos: aerófanos incrustados, mirada del archimandrita, semblante argiloso y, por introducir un elemento nuevo, trepidación tarsal. Así, partiendo de lo menor hacia lo mayor, lentamente comenzaba a estructurarse un mundo de profundidades, el que Gabriel Weisz nos propone en el libro llamado *Fuegos del fénix*, título ya muy revelador de algunas de las tendencias poéticas del volumen. Porque ese plural, fuegos, me inquieta llevándome a preguntarme por su significado: ¿Renace en varias ocasiones el fénix, cada una desde un fuego distinto? ¿Cada uno de los poemas representa uno de esos fuegos?

Sin embargo, regreso a los versos. Porque fueron, a su vez, elementos para construir estrofas. Nunca extensas. Al contrario, muy a menudo escuetas hasta la anorexia, bien que por esto no deba entenderse carentes de sentido. Compruébeselo en las siguientes: “Un cadáver de ángel / en el cuarto oscuro”, “Hombre en traje / entra a un edificio moribundo” o “Nauta andando en bicicleta / vaciando una sombra lacerada”. Eficaz, cada una de estas estrofas. Cada una de ellas funciona por sí misma y a la vez como parte del todo, obligación que cualquier poema debe cumplir. Y citaré ésta, que me deleitó enormemente: “Descálzate antes / de entrar al cuerpo”. Parte del deleite viene de que esos dos versos me obligan a detenerme hasta encontrarle un significado a la imagen. Pudiera replicárseme que no hay necesidad de sentido ante la simple belleza de lo expuesto. Pero algo en esas palabras solicita más que la mera lectura mecánica, como es del caso en toda poesía verdadera. Por tanto, las interrogo. ¿Es un consejo de

purificación? ¿Es una visión de cómo debe llegarse al nacimiento? ¿Es un instante en la absorta contemplación de un paisaje?

Pudiera preguntarse, para resolver el enigma, ¿por qué no recurrir a la totalidad? Porque, en efecto, dicha estrofa es fragmento de una totalidad. La contestación es que en la poesía de Gabriel cada fragmento tiene su sentido, y que la suma de esos sentidos a su vez constituye el significado de la totalidad. Pero aceptemos la sugerencia. Pues ocurre que cada poema de Gabriel está constituido de verdaderos fragmentos, que en una primera lectura llaman a la perplejidad. Por ejemplo, la estrofa citada es parte de un poema titulado “La cojera de Hefesto”. El poema se inicia así: “Velamen blanco / aleta de tintorera”, siendo “tintorera” una palabra que no se me corresponde con “Hefesto”. Pero justo la falta de correspondencia me pone en la tesitura de preguntarme ¿a quién representa esta voz? Pudiera contestar: a un hombre que mira con el pensamiento. Es decir, los poemas de Gabriel proponen una lectura intelectual del mundo. No son poemas trabajados desde lo emotivo primario. Buscan ante todo la inteligencia del lector.

Pero esto necesita explicación. Hablaba yo de fragmentos. De cómo el lento adosamiento de imágenes va dándole su naturaleza al poema. Sin embargo, ese adosamiento puede desconcertar porque es una puesta en sucesión de imágenes al parecer incongruentes. Pienso entonces que en el mundo literario de Gabriel se ha introducido aquel de la pintura y, hasta donde soy capaz de estas asociaciones, pintura surrealista. Los poemas de Gabriel me dejan la impresión de que se van percibiendo en un cierto orden trozos de la realidad, como destellos del todo. O dicho de otra manera, se nos ofrecen fragmentos de un rompecabezas, se nos dan en un orden específico y se nos pide que reconstruyamos el todo a partir de los fragmentos y del orden sugerido. Vamos entonces pasando la vista por cada trozo, lo sumamos al anterior y procuramos hallar la totalidad, es decir, la respuesta.

Entonces, en “La cojera de Hefestos”, una posibilidad de lectura, sin duda la más sencilla, es la llegada por mar a un lugar donde hay unas ruinas griegas. La vista se pone primero en el mar, luego en la playa, luego en la vegetación, luego en las esculturas allí situadas, a las que procura darse un significado. Pero las imágenes pudieran decir algo totalmente distinto, pues los fragmentos adquieren diferentes significados según la lectura que se haga de ellos. Por ello me atreví a proponer que la poesía de Gabriel habla sobre todo al intelecto. Y pertenece, desde luego, a las muchas culturas que constituyen el universo del autor. Es una poesía nada reacia a la presentación de motivos cultos. El título incluye al Fénix y los poemas igual se refieren al ziggurat que hablan de devoradores de lotos, igual se refieren a ipsilón que incluyen a Bunraku, igual mencionan unos ojos de peyote que abarcan la parábola de Paracelso.

En los poemas de Gabriel hay, necesario es decirlo, fuerte abundancia de imágenes duras, cuando no violentas. Así, un caballo de madera es un corcel de pesadilla, el viento está hecho de dagas sibilantes, hacia el reflejo propio se tiene cristalofobia, si hay una computadora tendrá la faz agónica, si se mencionan dedos estarán sangrientos o rabiosos, al finalizar una danza las extremidades estarán desmembradas, el hombre que entra al cine tendrá músculos tensos, halitosis y barbas sucias. Y sin embargo,

pese a tanto pesimismo de las imágenes, pese a tanta agresividad visual, los poemas de Gabriel son de expresión tranquila. No hay en ellos excesos emotivos. Se diría que Gabriel ve al mundo con enorme filosofía. Le acepta sus puntos oscuros con sosiego. Parecería limitarse a contemplarlo y a describirlo.

Para describirlo, recurre al verso libre, bien que ocasionalmente caiga en algunas rimas ingratas que estropean la naturaleza libre de ese verso. Por el contrario, hay un empleo inteligente de la aliteración, visible desde el título y muy patente en versos como “arpista arponeada por una arpía”. Son poemas de líneas breves y parcos en cuanto a extensión. La fuerza mayor de los poemas está en la fabricación de imágenes y, como ya dije, en el entramado de éstas que se consigue. He aquí ejemplo de imágenes que me parecieron sobresalientes: “Dentro del lado oscuro de la luz”, “licantropía del guante”, “un cadáver de ángel en el cuarto oscuro”, “el staccato de almas cayendo por las escaleras”.

Por tanto, Gabriel nos ha dado un libro de poemas encaminado a nuestra curiosidad intelectual, lleno de sugerencias cultas que instituyen un universo de desoladas imágenes existenciales. Por tanto, un libro de difícil lectura y, en razón de lo mismo, un libro estimulante, estando la recompensa del lector en el desentrañamiento de significados que se entregan ocultos por la belleza de las imágenes.

Federico PATÁN